



“No eres un monstruo”

Una maestra estaba de pie delante de la clase en una escuela pública en Dominica. Los niños de primer grado estaban sentados en sus pupitres. La maestra hablaba y los niños prestaban atención. Excepto uno.

Tic..., tic..., tic.

Un ruido interrumpió a la maestra mientras hablaba en la silenciosa aula.

Tic..., tic..., tic.

La maestra hizo una pausa y frunció el ceño. ¿De dónde procedía aquel sonido? Miró a su alrededor. Sus ojos se detuvieron en Khyshawn, uno de sus alumnos, de seis años.

Tic..., tic..., tic.

El niño tenía un lápiz en la mano y lo golpeaba lentamente contra su pupitre de madera.

Tic..., tic..., tic.

–Khyshawn –le dijo la maestra–. Deja de hacer eso.

Khyshawn puso el lápiz sobre el escritorio. La maestra reanudó la clase y los niños volvieron a prestar atención. Pasaron varios minutos, pero entonces:

Tic..., tic..., tic.

La maestra se veía ahora disgustada. Algunos niños se rieron. Khyshawn no se dio cuenta porque estaba demasiado ocupado.

Tic..., tic..., tic.

–Khyshawn –dijo la maestra–. Te pedí que dejaras de hacer eso.

Todo quedó en silencio durante unos minutos más. Luego, de nuevo:

Tic..., tic..., tic.

La maestra tomó su teléfono y llamó a la madre de Khyshawn.

–Venga a buscar a Khyshawn –le dijo.

La madre llegó a la escuela poco después. No era la primera vez que la maestra la llamaba.

Aunque Khyshawn era un buen niño, le costaba mucho concentrarse en la escuela. Se distraía con facilidad y no podía quedarse quieto. Mantenía la mente ocupada dando golpecitos con el lápiz.

Pero dar golpecitos con el lápiz no era la única forma que Khyshawn tenía de interrumpir la clase. A veces, se cansaba de estar quieto y empezaba a corretear por el salón. La maestra le pedía que se sentara y él obedecía, pero al cabo de unos minutos se levantaba y volvía a correr. Finalmente, la maestra llamaba a su mamá:

–Khyshawn está interrumpiendo la clase –le decía–. Venga a buscarlo.

Un día, Khyshawn le preguntó a su mamá si él era un monstruo. Había oído a la madre de otro niño llamarlo monstruo delante del director de la escuela. Su mamá se puso muy triste y abrazó al niño.

–No, no eres un monstruo –le dijo–, solo tienes TDAH.

Khyshawn no era un monstruo. Simplemente sufría de TDAH (trastorno por déficit de atención e hiperactividad), lo que hacía que le costara más concentrarse y quedarse quieto. Su cerebro funcionaba de forma diferente.

La madre no sabía qué hacer. Entonces, una de sus amigas le habló de una escuela adventista del séptimo día.

–Ve a ver a la directora y cuéntale tu situación –le dijo la amiga.

La madre así lo hizo, pero la directora de la escuela dijo que la clase estaba muy llena

y que no tenía sitio para más niños. Sin embargo, cuando oyó la historia de Khyshawn, cambió de opinión:

–Le voy a dar una oportunidad.

El primer día de Khyshawn en la escuela adventista, nadie llamó a su mamá para que viniera a llevárselo a casa.

Cuando la madre llegó a recogerlo después de terminar las clases, la directora le dijo:

–Es un chico normal.

Mamá estaba muy feliz. Khyshawn también estaba feliz porque, en su primer día de escuela, ya había hecho un nuevo amigo.

Khyshawn tiene ahora siete años y está en segundo grado. Ya no da golpecitos con el lápiz en el pupitre ni corretea por la clase. Su maestra le da tantas cosas que hacer que no tiene tiempo para distraerse. Le gusta la

escuela, orar y aprender sobre Jesús. Le gusta cuando la maestra les dice a los niños: “Dios los ama”. En casa, le pregunta a su mamá:

–¿Dios me ama de verdad?

–Sí –le dice su mamá–, Dios ama a todos sus hijos.

A Khyshawn le gusta saber que es amado. Su madre lo ama, los maestros y los demás niños lo aman, pero sobre todo, Dios lo ama.

Parte de la ofrenda del decimotercer sábado de este trimestre ayudará a que la escuela de Khyshawn, la Escuela Primaria Adventista Ebenezer, disponga de un edificio nuevo en Roseau, la capital de Dominica. La escuela estaba llena cuando la madre de Khyshawn quiso matricularlo. Aún sigue llena y necesita instalaciones más grandes. Gracias por planificar una ofrenda generosa el 28 de septiembre.

Esta historia misionera ilustra los siguientes componentes del plan estratégico *Yo iré* de la Iglesia Adventista Mundial:

- *Objetivo de crecimiento espiritual n° 5:* “Discipular a personas y a familias para que lleven vidas llenas del Espíritu”.
- *Objetivo de crecimiento espiritual n° 6:* “Aumentar la adhesión, conservación, recuperación y participación de niños, jóvenes y adultos jóvenes”.

- *Objetivo de crecimiento espiritual n° 7:* “Ayudar a los jóvenes y los adultos jóvenes a poner a Dios en primer lugar y a poner en práctica una cosmovisión bíblica”.

Obtiene más información sobre este plan estratégico en: iwillgo2020.org [en inglés] o iwillgo2020.org/es/ [en español].